

Carta Abierta al Alcalde Koch

Certificar al Certificador

POR LORENZO MEYER

SENOR Edward Koch, alcalde de la ciudad de Nueva York: Inicio esta misiva asegurándole que la mayoría de los mexicanos comprendemos y compartimos la indignación de usted y de los habitantes de su ciudad, por el asesinato, el 26 del mes pasado, del joven policía Edward Byrne, en el sureste del barrio de Queens, mientras vigilaba la casa de una persona que había sido amenazada por denunciar las actividades de los traficantes de drogas en su vecindario.

Pese a lo anterior, un buen número de mexicanos consideramos inaceptable, por injusta, inadecuada y simplista, la carta abierta que usted publicó en los diarios de su ciudad, para demandar al Presidente y a los congresistas de su país que no aprueben la llamada "certificación" anual de cooperación con Estados Unidos de naciones como México, Panamá, Bahamas, Haití, Paraguay o Colombia y, en cambio, les aplique todas las sanciones económicas posibles por ser la fuente de las drogas que abiertamente se comercializan en las calles de su ciudad y los causantes indirectos de la muerte del agente Byrne.

★

ES innegable que el comercio ilícito de las drogas ha dado lugar a la existencia de una enorme, compleja y brutal organización internacional que no se detiene ante nada en su empeño por satisfacer la demanda de un mercado callejero norteamericano valuado en más de cien mil millones de dólares anuales, y al que concurren varios millones de personas de todas las clases sociales. Sin embargo, su afirmación, señor alcalde, de que la solución del problema de las drogas en Nueva York se encuentra en Washington porque el gobierno norteamericano puede y debe castigar a los países pro-

ductores e intermediarios en tan nefasto tráfico, es prepotente, escapista y falsa por simplista: insistir en dar una solución del problema del narcotráfico culpando sólo a una parte (la más débil) del desafortunado binomio productor-consumidor, es una salida que sirve para escamotear la parte sustantiva de culpa correspondiente a la sociedad que demanda las drogas.

Antes de seguir adelante, conviene aclarar que la posición que asumimos los mexicanos que nos sentimos ofendidos por los argumentos de su carta abier-

ta, no pretende negar el desafortunado hecho de la extendida y arraigada corrupción de las autoridades de nuestro país. Desde hace tiempo, los mexicanos somos los primeros en denunciar y deplorar la amplia y arraigada corrupción de nuestro sistema político y administrativo.

Como es fácil comprender, en un medio policiaco y judicial con una larga historia de corrupción como el mexicano, las enormes cantidades de dólares de que disponen los narcotraficantes gracias a la demanda de sus productos y servicios por parte de un buen número de norteamericanos, hace casi imposible la tarea de erradicar la producción y el comercio de marihuana y drogas en México. Pero hay algo más.

★

EL hecho de que México pertenezca a ese conjunto de países periféricos pobres, que históricamente han estado a merced de las fuerzas económicas de las naciones fuertes y centrales —y además se encuentra abrumado por una crisis económica profunda y prolongada— lleva a que sea relativamente fácil para el narcotráfico internacional inducir a miles de campesinos —los eternos perdedores de nuestra historia— y a muchos subempleados y desempleados, a que intenten cambiar su triste condición de marginados dentro de un país marginal, por la vía de producir y exportar drogas. Para ellos resultan irrelevantes, y en buena medida incomprensibles, los motivos que llevan a una sociedad tan ajena como es la norteamericana a demandar crecientes cantidades de marihuana, cocaína o heroína.

En realidad, su problema fundamental es uno que, a su vez, ha tenido sin cuidado a Estados Unidos: sobrevivir en un mundo que paga muy poco por sus productos tradicionales. Para estos mexicanos pobres —las infanterías del ejército del narcotráfico— producir drogas es una oportunidad que no pueden darse el lujo de desperdiciar.

Una de las grandes lecciones de la historia económica de Estados Unidos, señor alcalde, ha consistido en mostrar la enorme y brutal fuerza de las leyes del mercado. Es deplorable, pero no se puede negar que esas leyes —las de la oferta y la demanda— son indiferentes a la ética. Las sanciones económicas de Esta-

Carta Abierta al Alcalde Koch.- Certificar al Certificador

Sigue de la página siete

dos Unidos podrán acabar con un gobierno como el de Panamá, pero no con la producción y el tráfico de drogas, pues mientras alguien pague por conseguir las habrá quien las produzca. Y creo, señor alcalde, que esa es la enseñanza que se saca de la triste historia de la prohibición de bebidas alcohólicas en su país, allá por los años veinte. Recuerde que la meta de la prohibición no pudo lograrse pese a que las autoridades norteamericanas de la época

contaban con una policía supuestamente no corrupta.

La verdad es, señor alcalde, que el consumo masivo de drogas en Estados Unidos se traduce en terribles problemas para países como el nuestro, problemas que pocas veces toman en cuenta los norteamericanos. Resulta de nuestro interés ponerle fin al tráfico de drogas, so pena de ver sometida nuestra sociedad al dictado de los narcotraficantes, como sucede en Colombia y, en menor medida, en algunos estados de nues-

tra República. Pero no podremos lograr ese objetivo mientras siga existiendo la demanda norteamericana. Hasta el momento, el consumo masivo de drogas no se encuentra entre nuestros defectos, aunque dada la tremenda influencia de los hábitos de consumo estadounidenses sobre nuestra cultura, nadie nos puede asegurar que las cosas no cambien en lo futuro. Hoy por hoy, es la demanda generada al norte del río Bravo la que sostiene a un narcotráfico internacional que ha acentuado la corrupción de nuestros aparatos de seguridad y justicia.

★

A fin de cuentas, ineficaz y todo, la batalla mexicana contra el tráfico de drogas es, en buena medida, contribución a una guerra esencialmente norteamericana. México ha tenido muchas bajas en sus cuerpos policiacos, en su Ejército, y ha aprehendido a miles de sus ciudadanos —muchos de ellos campesinos pobres— por apoyar a esa parte de la sociedad norteamericana que se opo-

ne a que otra parte consuma drogas. Desde el punto de vista de los problemas urgentes que afronta la so-

ciudad mexicana, los recursos del erario mexicano que se gastan en la campaña antidroga estarían me-

hor empleados en otros menesteres; y no es muy recomendable para la salud

SIGUE EN LA PAGINA NUEVE

Carta Abierta al Alcalde Koch.- Certificar al Certificador

Sigue de la página ocho

de las instituciones mexicanas que sus Fuerzas Armadas —unas de las menos politizadas de América Latina— anden metidas en la lucha contra un poder tan corruptor como es el narcotráfico internacional.

En más de un sentido, señor Koch, somos los mexicanos quienes tenemos el derecho a demandar una "certificación" del buen desempeño del gobierno, y de

la sociedad estadounidense en su conjunto, en la lucha contra un mal que es, repito, básicamente norteamericano. ¿Cómo es posible que teniendo a su disposición la enorme riqueza material y cultural de la que Estados Unidos hace gala, una parte minoritaria pero importante de su sociedad se sienta inclinada a violar sistemáticamente la ley y provea el incentivo para que un grupo de países po-

bres sean productores de drogas que llevan a la auto-destrucción del consumidor? ¿Qué ha fallado en la civilización norteamericana, para dar lugar a este fenómeno de la cultura de la droga?

Creo, señor alcalde, que si usted y todos los que piensan como usted pusieran más energía en dar una contestación honesta a esta pregunta y menos en evadirla culpando a otros, se

estaría dando un paso realmente efectivo para resolver un problema que nos hace mucho daño a todos, a la sociedad que consume drogas y a la que las produce. La búsqueda de chivos expiatorios cuando se tiene la razón de la fuerza, sólo puede complacer a las almas pequeñas; lo que usted y su país debieran buscar, señor alcalde, es la fuerza de la razón.